

edificios de su Universidad, por haber sido proyectados "colectivamente" por quince arquitectos—, que ello era un episodio encantador, de entusiasmo juvenil, pero que el valor de una obra no es función del número de autores, y que humorísticamente se aclara, al pensar, por ejemplo, si una música "colectiva" puede existir, y si existiese pueda valer más que la de un Beethoven, o un Mozart; o que una pintura "colectiva" pueda sustituir a la de un Van Gogh, de un Matisse, etc. Cada personalidad de genio es ya en sí misma colectiva al extremo (véase Dostoyewski); si es numéricamente colectiva, es sólo imitación. Pero una cosa es la arquitectura colectiva y otra la colaboración "dentro" de una arquitectura, cuando, después de la determinación inicial de los caracteres que dan impronta a la obra, esta colaboración concuerda "exclusivamente" para absorber la unidad y obedecerla en las leyes de la arquitectura. En la colaboración entre proyectistas de la Pirelli (edificio no colectivo), hay esta sugestión a su edificio, y es esto lo que les une. El edificio "será bello" si los proyectistas no han traicionado o desnaturalizado sus exigencias. Donde le han sido fieles, es "ya" bello.

El edificio Pirelli, afortunadamente hasta ahora—y

esperamos que hasta el final—, parece confirmarlo en contingencias extraordinariamente favorables por la tempestividad de su forma, por la unión de todos, al obedecerle con extrema coherencia, por la intervención de Nervi y Danusso, mentes superiores, por la rápida comprensión de la Comisión urbanística y edilicia de las autoridades del Ayuntamiento de Milán, y, en fin —al decirlo, puede quedar libre de toda sospecha de adulación—, por la contribución que en este edificio pone su propietaria la Pirelli, al "desearlo" como máxima manifestación del mundo en el campo de la técnica y de la civilización.

"El propietario—dice incisivamente Rogers—es aquel sin el cual no puede hacerse arquitectura, y con el que, a menudo, tampoco." Debo decir que he sido afortunado hasta aquí, y que son pocos los casos, uno o dos, en los cuales no había hecho arquitectura por culpa del cliente, y no por la mía.

Sobre este argumento, para la Pirelli, los cinco proyectistas hemos estado de suerte hasta el presente, y nuestra responsabilidad para el buen éxito de la obra es, pues, mayor.

Madrid - Milán : empate y prórroga

El premio anual de Periodismo que ha establecido el Colegio de Arquitectos de Madrid para galardonar la mejor labor realizada en cada año por un periodista sobre temas arquitectónicos, ha recaído en el de 1957 en el periodista J. Ramírez de Lucas. Del acierto e interés de este escritor al tratar las obras de arquitectura son muestra el artículo que aquí se reproduce, y que apareció en el diario madrileño Arriba:

No todo va a ser Copa de Europa. Resulta que entre Madrid y Milán existe otra competición más permanente y desconocida: la competencia en la altura de sus edificios más modernos y representativos.

Es frecuente leer en diarios italianos que la marca mundial de estructuras de hormigón armado la poseen en Milán con los ciento diez metros de su rascacielos "Pirelli", al mismo tiempo que en publicaciones españolas se asegura que esa marca corresponde al edificio llamado "Torre de Madrid", que ya se está terminando en la plaza de España madrileña. ¿Quiénes tienen razón? Las dos ciudades y ninguna, pues resulta que centímetro más o menos, por ahora, la competición está en empate con los treinta y dos pisos sobre el nivel de la calle.

Fenómeno curioso este de Milán y Madrid, ciudades

donde únicamente han tomado carta de naturaleza los rascacielos, entre todas las de las dos penínsulas hermanas. Tanto en el resto de Italia como en el de España, el edificio de altura puede ser una excepción, pero en Milán y Madrid ya han dejado de serlo para pasar a constituir la nota denominante de su perfil urbano. Hace muy pocos años, un escritor norteamericano, de paso por la capital española, dijo que Madrid era "una ciudad europea con un rascacielos pequeño". Se refería, claro es, a la Telefónica, que durante un cuarto de siglo fué la atalaya madrileña. Luego entró la fiebre, que ha transformado por completo su "fachada" desde el valle del Manzanares, alterando la horizontalidad de Madrid, en la que sólo destacaban los agudos picos de cigüeña de sus torres emplomadas tan características.

En Milán no ha existido tal desafuero, porque la ca-

